

salientes externos. En tales desgarros, culminaciones y armonías, las manos de Sender elevan su prez.

Lo reconocemos como una de las máximas expresiones, aquí y allá, entonces y ahora, en el porvenir tangible de la narrativa en lengua castellana.

EXILIO Y TRANSTIERRO (1989)

Cierro los ojos para poder recuperar, en lo posible, la mirada mayor de los adentros. Y conseguir, en parte al menos, que mi evocación y reflexiones, ¡ojalá sean, a pesar de mi limitación, fidedignas, constituyan, meramente, un emocionado, personal testimonio, de un avatar histórico!

Este turbulento y desalmado medio siglo, notorio es que ha determinado las vidas y las actividades —o pasividades...- de una compleja y diaspórica sociedad humana y configuró, para siempre, nuestro particular existir. Una y otra significación, que consideramos tangibles, suscitan un “fenómeno” sin términos comparativos. Que, además, aquí adviene el dolorido sentir cuando no reproche amagado, no ha logrado el cabal reconocimiento, globalizador e individualizado, sistemático, sobre todo en el transcurso del cambio democrático formal, a la española, ya que, por lo común, en estos pagos se ignora o se menoscaba o se hiperboliza, mor de lo coyuntural, la trascendencia y enraizamientos que se implantaron, inaugurales, en las relaciones instrumentadas que proceden de la imperial y “evangélica”, explotadora y detentadora también, conquista de la época. Deplorablemente estudiada y apreciada en el período de la colonización virreinal, que suele relegarse, y en los procesos de independencia donde se conjuntan el caciquismo ibérico originario y la correlativa estructura tribal —por veces excrecencias de los desnivelados tiempos precolombinos.

A resultas de impuestos tópicos y del conformismo que aca-rean las situaciones distorsionadas, indulgencia pido para estas pa-labras preliminares. Avancemos, pues, merced a experiencias en mí grabadas.

El 13 de junio de 1939, ya ejerciente un sol plenario, ex-pandido vaho de trópico, aún con la hora, encapotada a flecos, del cercano mediodía, atestado de manifestantes obreros y banderas de recepción el muelle principal, desembarcamos en el puerto de Veracruz. Formábamos la primera expedición colectiva de republi-canos españoles que se acogían a la generosa y lúcida hospitalidad cardenista. Estimábamos ya que habíamos dejado de ser apátridas y se nos incorporaba, en lo jurídico asimismo, a un destino social que se distinguía por una presunta nota de inmediatez y nuevo vivero, confirmable o no, de esperanzas. Empezarían a cicatrizar las heridas de la injusta derrota. A ello había de contribuir el deslumbramiento de los para nosotros estrenados paisajes y la vasta extensión territorial en ciernes, dilatación de horizontes, las peculiaridades, allí y enton-ces nativas, las inflexiones modales, costumbristas, de la lengua co-mún, inteligible hasta en sus tipismos.

De consuno, lo que sí representaba un desafío mayúscu-lo, debíamos dialogar, entendernos, con una población ajena, por lo pronto, a nuestros conceptos y predicados existenciales, de una trayectoria nacional a identificar, máxime por tratarse de un pueblo, sustentado, real y atmosféricamente en sus rastros y circunvaladoras presencias de sus básicas y enjundiosas culturas prehispánicas, ca-racolas de simbolismo.

Se producía esta necesaria e insoslayable coincidencia, en el careo, roce y desciframiento gradual de unas psicologías caracteri-zadoras, vertebradas en comarcas y ciudades de diferente entidad, al margen de que las ciñese la misma bandera tricolor y el complejo proceso de independencia, signado por su raigal, importada condi-ción decimonónica.

Emancipación de los lineamientos y prerrogativas peninsulares, encabezada por la regiduría de los “criollos”, con sus avezadas sinuosidades dirigentes y destrezas campiranas de “mano izquierda”, amén de sus dotes retóricas, del señoreado lenguaje, normativas de estatutarios “próceres”, que nos han resucitado ahora, en captaciones penetrantes, Roa Bastos, García Márquez y Aguilera-Malta, entre otros intentos literarios, analíticos y descriptivos.

El “criollaje”: quizá por inercia y perjuicios estamentales se ha decantado a los ya mestizos, más que hacia los restos indígenas, fundacionales de su estirpe. Uno empezaría, de manera fluida e integradora, como una cotidianidad, parecida pigmentación, por lo común, con mayor impronta del acento mexicano, aparte de los acaudalados o de aquellos enquistados, estratégicamente, en la burocracia. Al principio, hasta no desvelar, parcialmente, sus idiosincrasias, nos “unía” –y no es paradoja- un impalpable muro de incomunicación. Relativamente pronto estableceríamos las reglas de nuestro juego y de una familiaridad, siempre respetuosa, cordial, no exenta de códigos ceremoniales. Al escribirlo hoy, en remembranza, más que una formulación de insinuada teoría, pseudosociológica, resurge la pulsación de índole humana.

Algo emparentado ocurriría, si bien más asentado y con halos enigmáticos, ante el fenómeno –en el país de los míticos volcanes, en majestuosa inhibición, señeros- más diversificado y lentamente conflictivo, de las personalidades y su abigarrado cortejo mestizo que nos planteaba, con subyacente apremio, una indagación y contactos y observaciones rigurosos.

A cuestras con el que llamaríamos arcano, en sus caparazones ensabanados, los indígenas en pureza. Protagonizaban –y en el presente creo que se proyecta- un fatalismo sólo epidérmico, una táctica su actitud adormecida, que se convertirá en tópico decorativo, turístico en su acepción de tránsito y superficialidad, homologables a las figurillas, de madera barnizada, en la deleznable parodia de pátina, de los Quijotes, aptos para extranjeros.

Las tres vertientes –de tradiciones, juicios y prejuicios, espiritualidades, morfologías- ¿no son simples indicios de individualización?.

Los rasgos y enjundias de un caso, lo ordinariamente válido, amenaza convertirse, a martilleo de repeticiones, en ignorante espejismo público y en general confusión histórica, desinterés al canto, en lo que atañe a las naciones de su estirpe. Salvo abnegados voluntarios y algún que otro especialista, los vínculos proclamados por la República, en un artículo constitucional de la doble nacionalidad hubieran impedido los verbales fraudes inmanentes a la dictadura y sus prácticas embaucadoras, respecto a los iberoamericanos que, salvo lo comprobadamente delictivo, a nuestro suelo accedieran. Fijada la atención, antes y quizás ahora, a partir de la transición, a muy tipificadas esferas oficiales. ¿En qué profundidad y dimensión se habría informado, con los antecedentes precisos a la opinión y a los organismos administrativamente capacitados y susceptibles de permisividad?. Y propiciar una afinidad, unos nexos, que una burocracia regenerada realizaría.

... En una de sus estampas, sarcásticas, amargas, pinta Max Aub el repique digital de los refugiados, hasta perforar el mármol o la madera, del velador, en espera de que produjese, un ayer nocturno, como un don milagroso, la muerte del dictador (¡Qué irrisión nominarle todavía hoy, “Jefe del Estado”, en su vergonzante pretérito, asaz imperfecto!) proporciona gráfica y sesgada idea acerca de la irrupción de los exiliados transterrados en los cafés, a la sazón en calles muy céntricas del Distrito Federal. Envueltos por nubes tabaqueras, carraspeadas toses y con vocerío “golpeado”, término que responde a un adjetivo mexicano peyorativo, sobre el hablar celtibérico, a un dichterío antigachupinesco que con una reiteración transpiraba Valle-Inclán en *Tirano Banderas*, los republicanos españoles de varios desembarcos, unos en situación de expectantes destinos y proyectos en cocción, los demás –mayoría- partícipes ya, activamente de la

vida urbana, industrial y comercial, empleónoma de la actualizada Nueva España, con un trasfondo de intercambiadas nostalgias y re-niegos, anhelos socavadores de regreso, surtidas querencias, hervían en esos locales, que revestían un embadurne tradicional de di-mes y diretes. ¡Si se hubieran podido recoger sus trenos y truenos, el repertorio de hablillas! Animados albergues –horas de sobremesa y de los atardeceres, con indefectibles notas saudadosas- manes de *Tupinambá* y de las horchaterías valencianas -aceras e interiores de Bolívar y López, de menos estruendo en el *París*, avanzado el 5 de mayo, hacia la marcha verde de la Alameda... Y en la Juárez, oteo del semicírculo al *Patricio* de la Reforma dedicado al reducido y un tancico señoritingo que aposentó *El Papagayo*. Reductos de fácil ubicación, casi de guía urbana, que se extendió, como mancha de aceite, a los más recatados, pero afluyentes a la Juárez, sendas “parada y fonda”, del *Sorrento* León Felipe, institucional, a las cinco el *Palermo*, a espaldas de Pemex (lo nacionalizado, el petróleo, marca cardenista, honestísima trayectoria del licenciado Jesús Silva Herzog, que los sucesores, en equis medida, devaluaron).

La asiduidad y convivialidad –por veces chillona y abrupta- no cesaron de identificarse, de amplia manera, determinaron una costumbre arraigada y expansiva que tanto benefició a los dueños italianos de los concurridos locales. Para una prestigiación de lo flamantemente consuetudinario la batalla librada y ganada por los cafés y sus fieles tertulianos, desplazaron gradual pero inexorablemente los chafarriones –estampa de tramposo folklore-, residuo de la era de la Revolución, de sus eslabonadas etapas y de la vecindad, abrumadora, del sur estadounidense y que persiste en la plétora peliculera de aquel sur postizo estadounidense. Esos “saloons” desaparecieron, como tales cantinas, en una década, aproximadamente. Dejaron de batir las dos hojas cortas de sus entradas, que permitían, en aparición sólo de cabeza y pies y se suspendió la fabricación de las plaquitas latonadas, blanco charolado, letra azul, donde rezaba la puritana advertencia que prohibía el acceso a “niños, mujeres y uniformados”.

La pacífica, incruenta victoria de los cafés, capillas de parlanchines y oratorios de doctorales silencios, maliciosos guiños y estentóreas exclamaciones a rarificar, fue en esta mi recapitulación una de las más notables y duraderas aportaciones de los transterrados, unidas a su carácter de confluencia, en amistosas citas coeducadoras de jóvenes mexicanos y españoles, contagiados, los del país, de la atracción que beneficia la charla expresiva de inquietudes y anhelos, que los sitúa. El hábito cada vez más extendido.

Vinculación de tendencias y en repetidos fecundos ocios que nos remiten a los principales orígenes de esta plausible singularidad, pues procede de un pedagógico venero. Las escuelas y colegios (los segundos, “Cervantes”, sitios en la capital de la comarca lagunera, Torreón, en “aquella” Córdoba de Veracruz) se fundaron, mantuvieron y desarrollaron en correspondencia a necesidades comunitarias y de representación de los transterrados y al dictado de ideales educativos que, humanistas, recogían, a lo vivo y no a lo pintado, el “sentido legatario” de la Institución Libre de la Enseñanza, aliviado de ciertos envaramientos por las holgadas traslaciones que tomaron carta de naturaleza en la Nueva España. Se disponía de un profesorado capaz, competente, vocacional, una de las modélicas contribuciones de que podía enorgullecerse la Segunda República. Proporcionalmente, en el ámbito de la capital, perduran el “Madrid” y el “Luis Vives” y continúan la magnífica labor, que data de 1939, en primaria y enseñanza media, incluidas las preparaciones para la incorporación a la universidad, donde sus alumnos gozaron –ayer, hoy, mañana- del prestigio que merecen sólida y pensante formación cultural.

Ilustres catedráticos, transterrados, impartieron sus conocimientos y metodologías y fomentaron una colaboración maestro-discípulo que ha ejercido admirable repercusión que, en las obras especializadas, importa consultar, y difundir, globalizadamente, en esta lucha contra la “desmemoria” y la dispersión cognoscitiva. Al apunte de ello me limito, ahora, por razones obvias. A título indica-

tivo sólo citaré el concepto encomiador que me subrayaba, no ha mucho, Carlos Fuentes de su aprendizaje, en la Universidad Nacional Autónoma del humanista e ingenioso don Manuel Pedroso.

Uno de los máximos exponentes, José Gaos, al que en buena parte se debe la inspiración y promoción de una escuela mexicana de filosofía o, para ser literalmente exactos, de unos sistemáticos estudios y meditaciones sobre lo mexicano específico y la mexicanidad. (Casi de modo simultáneo al menos en las resonancias y preocupaciones de teoría, la colección de esta temática, que encabezó Alfonso Reyes mediante el certero título “Con la X en la frente”). Prolongación y adición refugi-hispánica, al mestizaje en sus meollos, a la premonitoria concepción de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y de la cultura en México*.

Debemos asimismo al maestro José Gaos el término –definición y concepto– de “transtierro”. Su propuesto advenimiento se usó, marginal y preferentemente, en círculos intelectuales, filósofos y ensayísticos. A la mayoría de los afectados, en nuestros medios, les parecía, sospecho, un tantico sofisticado. Pero no trascendió, cumplidamente, allí, y en las diversas fases de los retornos a España, y según la consensuada percepción –encasillados– de los estudiosos y en las particularizadas asunciones, cobró crédito desde las perspectivas de la Nueva y Vieja España. Porque, admitimos, el “transtierro” es una constante existencial y social de España y de Iberoamérica, la aplicación fáctica, y no sólo nominal y jurídica, de la doble nacionalidad que proclamara la Constitución republicana de 1931 y que se ajuste ajusta a los vaivenes y azares de nuestro destino.

La convivencia profunda de mexicanos progresistas en la versión nada mecánica y sí calificadora, dado su propósito conjugador, y de los republicanos españoles transterrados, patentiza dos nobles e insólitas cualidades. No hubo lugar a fricciones de oficio y doctrina, impidió los pecados teologales, al ser unas inserciones cooperativas. Y de nuestro lado, la envidia, vicio endogámico y tribal, significó una

rareza, lo absurdo. No intercambiábamos logros, nos complacían los éxitos y las palmarias aportaciones que no considerábamos “ajenas”; nos apoyábamos en ellas por su similitud con nuestros anhelos y finalidades concordantes. La connotación de Unamuno, vigente en la España anclada en lo secular, no tenía, respecto a los transterrados de México, razón de ser ni pretexto plausible.

Ahora, en un tímido intento de recapitular algunos de los “sentidos” del exilio- transtierro en México, y de México, diríamos, machadidamente, una vez más, he creído inexcusable repetirlo a mi aire, aquello de fundir la verdad con el palpito orgánico, que son indispensables estas bifocales guías que fijamos como reglas de juego -alternativamente fraterno y fraticida- de las “generaciones”. Porque son varias y bien diferenciadas y, en penúltima instancia, con un denominador común, su inequívoca condición hispanoamericana, la más auténtica que registra la intrahistoria de estos cinco siglos, a punto de conmemoración.

Semejante tipo de clasificaciones agruparían, para mí, a personas conocidas, tratadas o referidas, que serían, hasta en abstracto, algunos de sus portavoces o elementos indicativos. Pero hoy no se ventila picotear mis proyectadas y propuestas *Memorias*, sino conseguir una versión genérica de coincidencias, contraposiciones, enlaces.

Inexcusable, estimo, proceder por orden –o expurgo- de edades, aspecto quizás intrincado, probablemente simple, dada la reducción tecnológica, cuando termine este polivalente siglo.

Lo iniciaremos con el rosario de los muy maduros y ancianos, entonces. Tendremos que alinearlos en tres sectores, poblados de obituarios, algunos sonados y notorios y los más de las hornadas populares, como brotados de la cotidianidad. Se alinean en las menciones de conjunto a los que merecieron, ostentaron o detentaron cargos políticos o militares –de los de “carrera”, leales al régimen

constitucional y a los que se capacitaran y ascendieron, a pulso, en la sucesión de batallas memorables, escaramuzas e incursiones guerrilleras, sin excepción por virtudes castrenses. Dado el cambio de “situación”, se vieron precisados a faenas sustitutorias, que en su fuero interno reputaban irrelevantes. Soñaban –vías de alucinación– con el retorno. Estas laboriosas “clases pasivas”, en una fantasmagórica “sala de espera”, a fuego los había grabado “la ideología de siempre” y la nostalgia del “nunca más”. De citar, en este retablo, algunos ejemplos de suma dignidad, los honestos y edificantes comportamientos, fácil es que incurriera en lamentables omisiones y una voluntad ultraterrena –y no exagero– por imperativo de alta equidad me reprochara la manquedad de la escritura. Incluso no los he transformado novelescamente, a costa de orillar tentaciones. Pero es un capítulo conmovedor que hasta literariamente se halla en blanco. Y si un día del mañana decidiera reunir, a compás de los recuerdos y de la documentación factible y consignaciones a esta derruida etapa, ¡cuántos corazones adheridos!, y de seguir el silencio que los envuelve los evocaría. No es suficiente una lista de nombres y de apellidos, de categorías ubicadoras. El trasfondo, imborrable en nosotros, en su representación, de sus “simpatías y diferencias”, la patética estela doméstica, sus comprensibles exabruptos, su cadena de callares y ensimismamientos. Lo sentimental y mental –en pátina– libra mayores oscurecidos combates, subyacentemente. Aún imagino divisar, por la calle Madero, en el tramo que apunta a San Juan de Letrán, el castizo chambergo y la plateada cabellera de Daniel Anguiano, líder sindical por excelencia. Y a su vera, que como viviente tanto testimoniaría, Amaro del Rosal, genuino asturianín.

Después, y de rasgosa manera, han figurado, con sobrados motivos, los que emprendieron sus derroteros académicos o literarios, en el período alledaño al estallido de la guerra civil (discúlpenseme la insistencia al agregar la mención fiscal, en cada circunstancia pertinente) internacionalizada con alevosas artes. En el acreditado marchamo de esa calidad pionera –en ocasiones precoz, aditivamente

te- se cifrarán Benjamín Jarnés, el más veterano, Ramón J. Sender, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Juan Chabás, José Díaz Fernández, Arderius, Arconada y Margarita Nelken. Se distinguieron, además, por su actitud democrática, liberal o marxista, en la que predominaban el trabajo, el acento y la adscripción literarios. Otrosí, firmas circulantes por sus colaboraciones en las revistas más prestigiosas de aquella época. (Cabe incluir, si bien fue transitivo en el exilio de México, el talento y la perspicaz donosura de Antonio Espina, tan ejemplar y original de estilo, asimismo). Obvio, dada su personalidad y tareas eminentes, *Cruz y Raya*, José Bergamín.

En cierto grado de semejanzas, pertenecen a ese encasillado literaturizador prosistas de la categoría y elegancia de Daniel Tapia, al que Azorín dedicó elogios de consagración. Con diferentes maneras, en distinta órbita, cabría encuadrar a Paulino Masip, comediógrafo de éxito y entidad, periodista sobresaliente. Velaban sus armas Ildefonso Manuel Gil, Ricardo Gullón. Y a Max Aub, que se desplazaba, desde su natal Valencia por sus viajes a varios confines peninsulares, con impulsiva periodicidad, a los cenáculos intelectuales, literarios y artísticos de Madrid. En el exilio-transtierro Paulino Masip y Max Aub, suministraron al cine mexicano, guiones y diálogos, mancomunados. Masip, autor de la impar novela, muy tardíamente publicada en España, *El diario de Hamlet García*, se dejó absorber por las muelles oportunidades peliculeras –holgados ingresos- mientras que Max reservaba en hábil porción sus facultades creadoras a la preparación e incubación de su obra en narrativa y cultivadora de los géneros circunvalados, preceptivos o inventados por sus luces y versatilidad.

De esos núcleos –la ola generacional en ciernes- que juzgábamos en continuidad, diferíamos los que de 1931 a 1939, propusimos la realización y expresión literarias, por el imperativo prioritario, estimábamos, del mandato moral, cívico, republicano, de hispánica criba, sobre la marcha de tradiciones y modernidades. Era, opinába-

mos, una inmediatez integral, a tenor de una esperanza e ilusión que a lo popular, sin distracción alguna, nos encaminaba.

Y sólo cuando sufrimos la derrota militar y obligados nos vimos a interiorizarnos en el destierro, resurgió el amor –aplazado– por las letras e iniciamos la suspendida práctica (años finales de la dictadura esperpéntica y cínica, represora, con Martínez Anido, de la mediocre etapa primorriverista). Y reanudamos palpitantes vínculos con la palabra lenguaje, a compás de ardua reflexión, las vías de un redescubrimiento.

Toda una vibración, con perceptibles huellas político-sociales pero injertas en un propósito y textura artísticos. Con este giro se delineaba un vehemente intento de profundización, de revisiones. Era un empeñoso trance analítico. Empezábamos, surtidos de recurrencias psicológicas, por el cero de la desmaña y en crisis de apasionamiento. Nos incorporábamos, sustentados por intuición, creo que lúcida y plausible, a un “destino literario”, extrañado de su ámbito natural y enfocado hacia hipotéticos futuros lectores. ¿Cuándo y cómo?.

Completan la escala generacional los que, niños, adolescentes y en temprana mocedad nos acompañaron en el éxodo, exilio y transtierro, especialmente, para mi experiencia directa los que en México tuvieron que “implantarse”. Los he denominado “cachorros”, atenido –incommovible– a su época de llegada. Incluso entre ellos, por lógico influjo de más cuajada edad, jugaron importante papel. Si hoy, niveladas las circunstancias, la diferenciación, encarnan las rayas divisorias, y los puntos de concierto y discordancia, quedan mitigados o exaltados por su mestizaje cultural y fonético, lo que les presta más compleja y problemática cualidad, tanto por ellos mismos como por sus proyecciones. No se ha reparado cumplidamente en sus distintivos crecimientos, y apenas figuraban, con neto signo, en el panorama que aquí debían ocupar y respecto a los grupos antecedentes. Y en el país de acogida se desenvuelven con circulares ambigüedades. De otra parte, mientras no se adopte, en ambas orillas,

una actitud de comprensión y la indispensable voluntad de entendimiento, la responsabilidad recaerá sobre nosotros, en equis medida, de una lamentación separación más y de la empeñada ignorancia.

Interés y preocupación, en lo que a mis coetáneos y a mí concierne, de mi generación marcada, que destaca ya en los albores del transtierro, positivamente recogidos y con más extenso espectro temático en el texto de Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles de 1939* (1985, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana) y a la que se ciñe la tesis de Eduardo Mateo, dirigida por el catedrático José Carlos Mainer, *La segunda generación del exilio español en México: literatura*. Citamos también la tesis doctoral de Natalie Jiménez, diciembre 1986, presentada en la Sorbona: *Diaspora ou enracinement? –Les republicains espagnols au Mexique–*, que se plantea, asimismo meritoriamente pero de carácter globalizador.

El tema-problema me importó vivamente desde sus manifestaciones primeras y tanto gracias a diálogos con sus protagonistas como en artículos, estudios y actos públicos he procurado plantearlo. Gran delicadeza, respecto y tono exigen la asunción y versión justas, al igual que sus eclosiones y desarrollo. Me tildarán de que pretenda fomentar una singularidad sólo en apariencia de prescindible entidad. Es más cómoda, sí, la inadvertencia y la abstención de cuño fatalista y de regalona pretextualidad. ¿No privan acaso las irresponsabilidades y por partida doble contribuimos a la ya discontinua y compartimentada literatura española de nuestro tiempo, en circunstancias y géneros que debieran ser integradores?.

El conocimiento y aliento de sus obras de creación, sobre todo aquí, donde impera al respecto una especie de localizado analfabetismo, es deber apremiante. Para remediarlo, se imponen la prudencia y la sincera identificación que nos rescolde la probable y amenazadora esquizofrenia. “Los cachorros”, permítaseme la propia denominación, una vez más, reclaman que se respete y valore su

pertenencia a la cultura mexicana y a la percepción de su origen, natal y familiar de hispánica raigambre. Mitades enriquecedoras, puente inestimable entre los dos pueblos. De nuevo, en concepción de fecunda compatibilidad y complementariedad. Altamente deseables serían exámenes descriptivos y de rigurosas interpretaciones, que en el terreno ahora señalado, se añadieran al trabajo de desbroce, ya indicado, de Eduardo Mateo y actualmente sin los impedimentos de la censura de otrora, lo que encarnó en la difícil oportunidad, impertinencia para el régimen dictatorial, el libro, tan eficaz y digno de alabanza, de José R. Marra López, *Narrativa española fuera de España*, que lamentablemente no ha sido reeditado, con los útiles apéndices y ampliaciones que le confiriesen actualidad o en volumen complementario a ello dedicado.

Ahí tendrían cabida los veteranos –en su órbita– Ramón Xirau, Claudio Esteva Febregat, Ángel Palerm, ensayista de fuste. Y se encontraría la comparecencia narrativa, en torno a una temática traslati-cia de recuerdos e invocaciones españoles, que posteriormente desplegaría, con ahínco, desde su centro universitario norteamericano, en impresionista pertinacia, Roberto Ruiz (erre que erre...), matizada a trechos de patetismo. Y la primacía que rebasa el círculo de la revista *Presencia*, marcadísima. Y no de modo causal, por la poesía, como ámbito conjuntivo y hasta defensivo, de la nacencia española y la mexicana impregnación. A la pureza de índole lírica de Enrique Rivas cabe sumar el rigor de Tomás Segovia, el más difundido, y relativamente, en estos pagos peninsulares. Y la del gran intimista Jomí García Ascot. Y los versos, de aguda línea y tono rumoral de Luis Ríus, acomodable con su aspecto de larguirucho doncel, fallecido sólo meses antes de la muerte de su entrañable amigo Daniel Sueiro, para mí igualmente entrañado Daniel Sueiro, víctimas ambos de la peste moderna. En el libro de homenaje a Eugenio de Nora, me ocupé de la entrega de la revista *Peñalabra*, en el número monográfico que recogió la producción poética de esta generación, en antología de Francisca Perujo y emotivamente prologada por Francisco Giner

de los Ríos, hermano mayor de ellos, casi de mi quinta, cuya obra se equipara, por las trazas, y el silencio ajeno, enajenado, como de un cartujo.

(Por dictado de objetivación y pudores, no he dado cuenta no exenta de sinrazones, ni detalle las titularidades, de mi generación. Alertadora ortografía la suya).

Por múltiples motivos debemos reparar, detenernos, en el caso de Angelina Muñiz. En mi sentir es, con Roberto Ruiz, quizá la más notable prosista relatora. En sus argumentos y gracias a su estilo expresivo y ceñido, sus libros, buen plural, en creciente, es la antítesis de algunas trivialidades, cacareadas, en derredor. Su esclarecida voluntad, vital y literaria, domeñan la enfermedad aferrada y su escritura prosigue y se reafirma.

Junto al polifacético y burbujeante José de la Colina, cuentista, crítico, alineo a Juan Ramón y a Federico Arana, de ellos supe ya cuando niños, personalidades de cineasta, el primogénito, de novelista caricaturizador el pequeño, de talla alta y robusta, desgarrado, de poderosa zancada, varios sus saberes, así ensayista humoral.

En este capítulo, y la evidente simpatía no me obnubila, se patentiza la pereza mental que padecemos, se pone asimismo de relieve, una garrafal incomprensión del mestizaje y un complejo de superioridad, más o menos al descubierto, que sería corregible, en salsa de autocrítica y a través de un proceso educativo. Enmendable debe juzgarse una suerte de rechazo, de un “nomadismo” que por ahí se tropieza, en ocasiones.

Nos atañe, deduzco e induzco, en esta coyuntura, de “mágicas fechas”, leer serenamente, con la precaución, o salvedad, de un moderado distanciamiento, a los portavoces que respondían a las ideologías en brega, centros e instituciones circulantes del abanico antifranquista, del exilio y del “interior” hasta el acaecimiento de la segunda guerra mundial. En demasía didáctico sería para todos,

como trasfondo de las funciones históricas e historicistas, el espejo retrovisor, con el riesgo, ineludible, de que resultaría vano y un tanto cruel, transtierro incurso, en un espigar antológico dolientemente irónico... y compartido. ¿Sería el penúltimo aviso en la remanente tauromaquia nacional?.

Quizá se ratificaría el aserto de que la derrota de un régimen, por injusta que fuere, encona los temperamentos y adultera las ideas motrices. Se hurga en las heridas apenas cicatrizadas y prolifera lo hiperbólico, en el reparto, con sus gotas desmesuradas, de enaltecimientos y culpas. Obcecación acusan, por bastardías, las polémicas, en cuantiosa proporción. Suelen instrumentarse las generalizaciones. Apelan a la fórmula maniquea, la más socorrida, no ya sólo en lo que al franquismo y las gentes bajo su yugo concierne, sino en los debates del exilio-transtierro, mor de las incertidumbres y de las esperanzas –de corte pueril, por veces- matizaron aquel período -subyacentemente convulso-. La determinación del propio discurso –expuesto a la retórica- suscitó numerosas improvisaciones. Mientras, merced a los dioses, la existencia fluente y las meras faenas, educativas, constructivas y creadoras, las veraces conductas, se emanciparon gradualmente.

Los castillos de naipes se desmoronaron al perpetrarse los Acuerdos de Yalta, quedaron oleadas las esferas de influencia, que generó la dilatada guerra fría de los dos bloques vencedores de una contienda en que los combatientes republicanos en Europa y África cumplieron heroicas jornadas y articularon las luchas de liberación, extremo que fue, para los aliados eventuales, preciso arrinconar y oscurecer. El “sistema”, aquí, se frotaba las manos enturbiadas.

Después, pese a las acciones impugnadoras del legitimismo republicano (reunión de las Cortes en México, que nos ilusionó, en mayor o menor medida, el majestuoso Zócalo por testigo y de la constitución del Gobierno Giral), de la solidaridad de amplios sectores de la opinión pública, por doquier y de los certeros alegatos en

la ONU (memorables los razonamientos del delgado polaco) y de las protestas mundiales de los más autorizados humanistas y su ejemplaridad democrática, un cimentado fervor condenado a pudrirse.

Las elusiones trapaceras y las maniobras y compadrerías pseudodiplomáticas (del alarmismo, a gruesos titulares, con los signos falaces de un anticomunismo visceral casi al parigual de la desnaturalización italinista, casaba –en anverso y reverso- del primitivo ramaje reaccionario de la dictadura de Franco) y los esfuerzos de los voceros de estricto carácter independiente, de limpia prosapia intelectual y literaria y artística no alcanzó a silenciar por entero el mensaje del número extraordinario de las *Las Españas*, dirigido a la ONU, que además de contener declaraciones eminentes y magnánimas (¡cómo nos sentíamos respaldados!), incluía la preciada panorámica de lo que el pensamiento, creación de varias inagotables simbologías realzados por poéticas, novelescas y pictóricas ideaciones y realizaciones representaban, para la humanidad, logros impercederos.

Las repercusiones generacionales se reflejaron en posturas forzadas, inteligibles, hoy más aún. No ya sólo en los minifundios políticos (hallé instintivamente, al escribir la frase, que calificará para siempre, en mí, a pesar de limitarse a dos vocablos, registra una desdichada inclinación, nacional e iberoamericana). También en extensas y ramajeadas metas que, excepto en los eslabones de su incompatibilidad orgánica contrastan casi al igual que un repudio físico, hacia la dictadura.

(Otro indispensable inciso: al cabo de la esbozada puja, la España franquista –y el adjetivo se antepone al sustantivo, en cuanto a pintarrajeada sangre y groseros escarnios- ingresó en el remedo de que fuera Sociedad de Naciones, la inoperancia ginebrina se neoyorquizó).

Si los adheridos a rótulos e ideologías partidistas sufrieron el desafuero a guisa de bíblica sentencia (del violento Antiguo Testamento) y se encasillaron en una maltrecha fijación de la vigencia

de la Constitución del 31 y de sus derivados, los de mayor y dinámica entereza, los que no podían renunciar y menos aún inhibirse, recurrieron, doctrinal y tácticamente, a inmediatos lemas y objetivos en el ajedrez de las alianzas. Mientras proseguía, más en sordina, en vano, deprimente juego de las gestiones en las cancillerías supuestamente con engañosos huecos de ambigüedad. O bien se instrumentaba la lucha en el interior, arriesgadas y abnegadas, cuando no mortales agitaciones. Bajo cuerda, contra los cordajes exteriores.

Los veteranos –anteriores altos cargos, ex funcionarios calificados, los que fueron, en varias hornadas institucionales, diputados y dirigentes de organismos provinciales y de ayuntamientos, etc.- encarnaciones, por veces espectrales de una continuidad desvanecida, que rayaba en lo imaginario ocupaban una senatorial parcela de la totalidad, sumidos y minados por la absoluta desesperanza.

El listín diferente de las profesiones liberales (médicos, abogados –éstos con nutrida clientela para separaciones, divorcios y re-matrimoniales-, aquí la sonrisa torcida ocultaría los torniquetes de las frustraciones, la nómina, bien provista, de los desencuentros), catedráticos y maestros, obreros especializados y empresarios ascendidos, no desmayaron en aquella situación adversa y se registró la sucesión de los descubrimientos enraizados, de los factores constitutivos de las Américas, la percepción virtual de las causas del auge imperial y la consiguiente decadencia de España, la firme voluntad de conjugarse en lo mexicano, afianzar su situación social y económica, consolidar hogares permanentemente abiertos a los cruces de orígenes, fomentaron su puntualización y conciencia del mestizaje.

Coincidieron en este apego con los heterodoxos que surgían y se configuraban en el redescubrimiento de la América real, equidistante de la leyenda negra y de su contrapartida ditirámica, en el anhelo de buscar, en el pasado mitificado o denostado, en el rescate que determina la ponderación, la verdad y esclarecimiento que han de modelarnos, todavía.

Redescubrimiento “in situ”, y no en tránsito, o por ilustración libresca, exploración y argumentales afirmaciones a la vez. Para unos implicó, al cumplirse, una rumia soterrada o la reintegración, hipotética e inverosímil entonces, de su retorno espiritual a España. Impracticable, puesto que, de producirse una situación que en equis dimensión lo permitiera, a quizás en palmario largo plazo, habían establecido intereses, fundado parentela, contraído amistades hondas. Nada de extraño tiene, en consecuencia, que el problema de España y de su asunción –o elusión realista, pragmática- diera lugar, en cierto modo sucedáneo, a un adentramiento en la vital y concreta comunidad novohispana. Ocurrió en los terrenos de la agregación industrial y mercantil y bien indicativa y fehacientemente respecto a la función-misión pedagógica y académica y en ámbito sectorial, en menor cuantía, en lo que atañe a la literatura, al arte, al periodismo.

El reto conceptual de dilucidar, aunque fuera en aproximación, el ser y estar de España, correspondió, ante todo, a la generación de la guerra civil internacionalizada. Partícipes de los valores y dolores, del rastro iluminador en que confluyen lo prehispánico, el anverso y reverso del Descubrimiento, de la conquista, de la era virreinal, aminoradas determinadas rudezas de la colonia, en tanto que amplia circunstancia ensambladora y de rasgos contradictorios, escrutadores, a nuestro trasplantado aire –de los movimientos de independencia, emociones y criterios remansados nos llevaban a tipificar nuestra caracterización de la naturaleza de la patria, que nos habían secuestrado, y de la razón y sinrazón de sus desventuras y de los entresijos de sus confinadas, paralizadas energías.

Era inexcusable detenerse, meditar en rigores, coadyuvar a la formulación de una conciencia que a nuestro país importaría, abstracción hecha del abismo que tajaba a los usufructuarios –negaciones piramidales- del poder y a los extrañados, ilusos, que sí propugnaron la convivencia democrática y la revisión de los motivos genuinos de las enajenaciones, caducas desde su nacencia, de un imperio omnipresente.

Pero la definición fundamental, que histórica y virtualmente conformábamos, era la condición –y caracterización– de España, prevalecía también la actitud de retrospección y, correlativamente, en las latitudes de presente y futuro, una dolencia de los exiliados –transterrados, perspectivismo la llamaríamos.

Con el título *Las Españas* de la revista que lanzamos José Ramón Arana y yo (acompañados en las siguientes etapas, de acuerdo y denominación idea fundacional, por José Puche Planás, Anselmo Carretero, Mariano Granados y Eduardo Robles) encabezamos esas convicciones, de cuyos principios y pormenorizada marcha, no sería adecuado sino inoportuno y repetitivo explicar ahora. Resultaría premonitorio para los auspicios y zigzagueo de la aún circundante transición. Proporcionaré un ejemplo modestamente precursor de representatividad y tolerancia: allí se recogieron todos los registros intelectuales, ismos y escuelas, literarios y diapasones ideológicos, en sus páginas se aposentaron, como una tónica distintiva.

(Inexcusable encarecer que en nuestra visión general, de un marco constitucional y confederador de las propuestas delineadas, algo influyó una dilatada coexistencia con el elevado número de catalanes que, dada su idiosincrasia y la composición, cuantitativa y principalmente cualitativa, de los que cruzamos la frontera por su raya oriental pirenaica. Determinados logros posteriores, de conocimiento, han de atribuirse, en perceptible proporción, a esta suma de elementos y causalidades. Engrosó y se revitalizó el añoso Orfeo Catalá; el grupo de “Amigos de las Españas” fue determinante apoyatura para la creación del Ateneo Español de México, que verificó –trayectoria que persiste–, trascendentales tareas de tesonero despliegue cultural).

A pesar de discernibles impedimentos, por banderizos resabios, los “tenaces” y en virtud de los impulsos de renovación que animaban a las mujeres y hombres de *Las Españas*, a los lectores que nos respaldaron, una de las máximas preocupaciones de la revista

se cifró en las vinculaciones posibles con la “España permanecida”, con lo que se ha venido en llamar –irreprochable justeza- “el exilio interior”.

“La España permanecida” abarcaba, para nosotros, a los intelectuales, escritores y artistas, que no alcanzaron, en la zona centro-sur, a surcar las fronteras mediterráneas –agua de mar, salada, mayo siniestro- y que asistieron –la ley de supervivencia- y tras las peripecias, harto amargas, de los campos de internamiento y de “trabajo”, cárceles, inhabilitaciones y persecuciones, penosa y vigilada inmersión en una colectividad destroncada y difíciles trabajos sin firma o prohijados pseudónimos dentro de la cultura que cercenaron a un proceso de ignominias. A los obstáculos de localización y conexión se añadía la incógnita, sólo parcialmente avizorada, de las promociones siguientes, del predominio juvenil que suponíamos, imbuidos, al cabo de accidentada formación y vedada información de concepciones afines a las nuestras, correspondientes a los entornos del franquismo. Falta una fidedigna crónica –testimonio y juicio- del exilio interior –el libro de Salabert lo bautiza y revela uno de sus sintomáticos ángulos novelescos. Uno de sus más importantes y detallados enfoques nos los proporcionarán, confío, por lo avanzado y amplio cronológicamente estructurados, los *Cuadernos de Miguel Alonso*, de Ramón Garciasol. Esclarecedoras, mortales ausencias de varias catárticas iluminaciones. Lo apuntado y el carácter negativo de una asfixiante sarta de restricciones, pautan los destinos de la “España permanecida”. Parejamente la torsión a que las expresiones a cabalidad estuvieron sometidas y entumecidas. A distancia –territorial claro- eran aún más acusadas, y acusadoras, las insularidades de su germinación. Emparejábese la naturaleza quebrada, fragmentada que suponíamos y que el paso de los deslustrados lustros incrementó.

Aprehendíamos los residuales componentes de la “España peregrina”, las degradaciones de rutinarización, que la ignorancia vir-

tual de lo que en el país no sólo había ocurrido sino el orden, fáctico y falso que apuntaba y coartó la recíproca inteligencia.

Por ejemplo, y a efectos conceptuales secuestrados, en el exilio-transtierro en general, y en el de México más entremezclado, la tendencia minoritaria pero irradiante, de recomponer una secuencia medular, la imagen plural de España resultaba más ardua que la efectuada por los prohombres del 98: para esta retrovisión, aparte de los anhelados nexos con la “España permanecida”, lo captado y expuesto se dirigía, por dilemáticos cauces a un presunto auditorio, como amasado en tinieblas, de correspondiente, arriesgada teorización. Y sin embargo, lo intuíamos necesario, cooperante, un elemento adicional, inexcusable, de nuestro conocimiento.

El mejor y más inmediato campo de interpretación hubieran podido ser los modelos de la citada generación del 98 y sus estelas. Sus integrantes habían trazado un repertorio de pensares desde España, para la atención de sus prójimos, a su vera, acordes con los paisajes que los unían, en posesión de marcadas rutas, establecidas y transitadas. Para este vivo idear y transmitir –incluso cuando hablan los silencios en torno-, exentos de vacíos en la inspiración y en sus reflejos, se basaban en una serie de particularidades y deterioros castizos, en la pérdida de las últimas colonias y en la desdichada y torpe campaña, succionadora, de Marruecos.

La “España peregrina” era la consecuencia de un extrañamiento colectivo, despótica punición sumada a la experiencia, rica en supuraciones de injusticias y agravios, de una guerra civil, internacionalizada, vuelvo a subrayar, de tan vastas intensidades, sin precedentes en las confrontaciones salpicadas en el tiempo y en el espacio, del siglo XIX singularmente.

Si patente es la diferenciación, se resalta (aquí, en la “España permanecida”), la carencia, que destacábamos, de testimonios articulados, de una documentación que finiquitara la red de ocultaciones y de excesivos miramientos), la despreocupación, demasiado frívola,

por rigurosos estudios sociológicos, que argamasen los rasgos fisiológicos y psicológicos del exilio-transtierro en Iberoamérica, donde los “pertenecientes” a México serían puntos centrales de investigación también falsas. Empeño que empieza a ser tardío, lo que agrava la “desmemoria”, pues ralean unas contribuciones, de inteligencia, clarificación e importantísimos recuerdos no escritos, que sitúen, y por tanto proyecten y hagan contar todo un testamento de sinos y azares, de competencias, flaquezas y fidelidades.

A los inestimables frutos de interés y construcción académicos (Nathalie Jiménez, Eduardo Mateo, Marielena Zelaya, del volumen presidencial “El exilio español en México” y la obra *El exilio español de 1939*) la serie de mayor envergadura que José Luis Abellán y yo podríamos apostillar con claros objetivos, “internos” y de evidente significación, no se ha completado, no repararon suficientemente, en las esferas oficiales o de tipo fundacional, en los medios de comunicación, de manera sistemática y no “atenida” a los “sucesos”. Y se sustrae a la memoria que debiera hallarse en constante atención el patrimonio –panoramas y análisis, pormenorización en algunos casos, que el exilio-transtierro implica. Son evidentemente guadianescas, con “inocentes amnesias”, las reconstituciones. Mientras, no disponen, ni en España ni en América latina, de este conocimiento esencial, objetivado. Y pendiente.